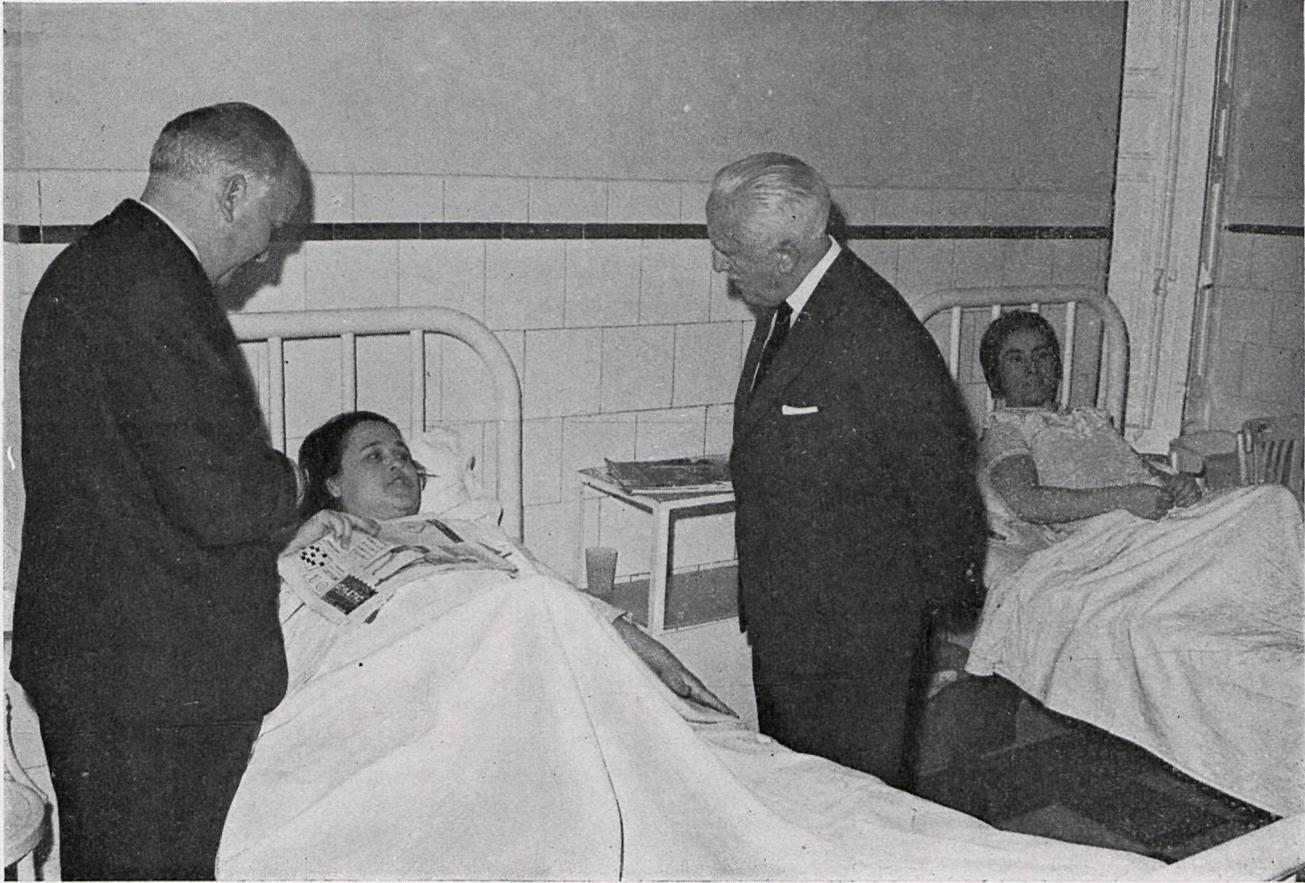
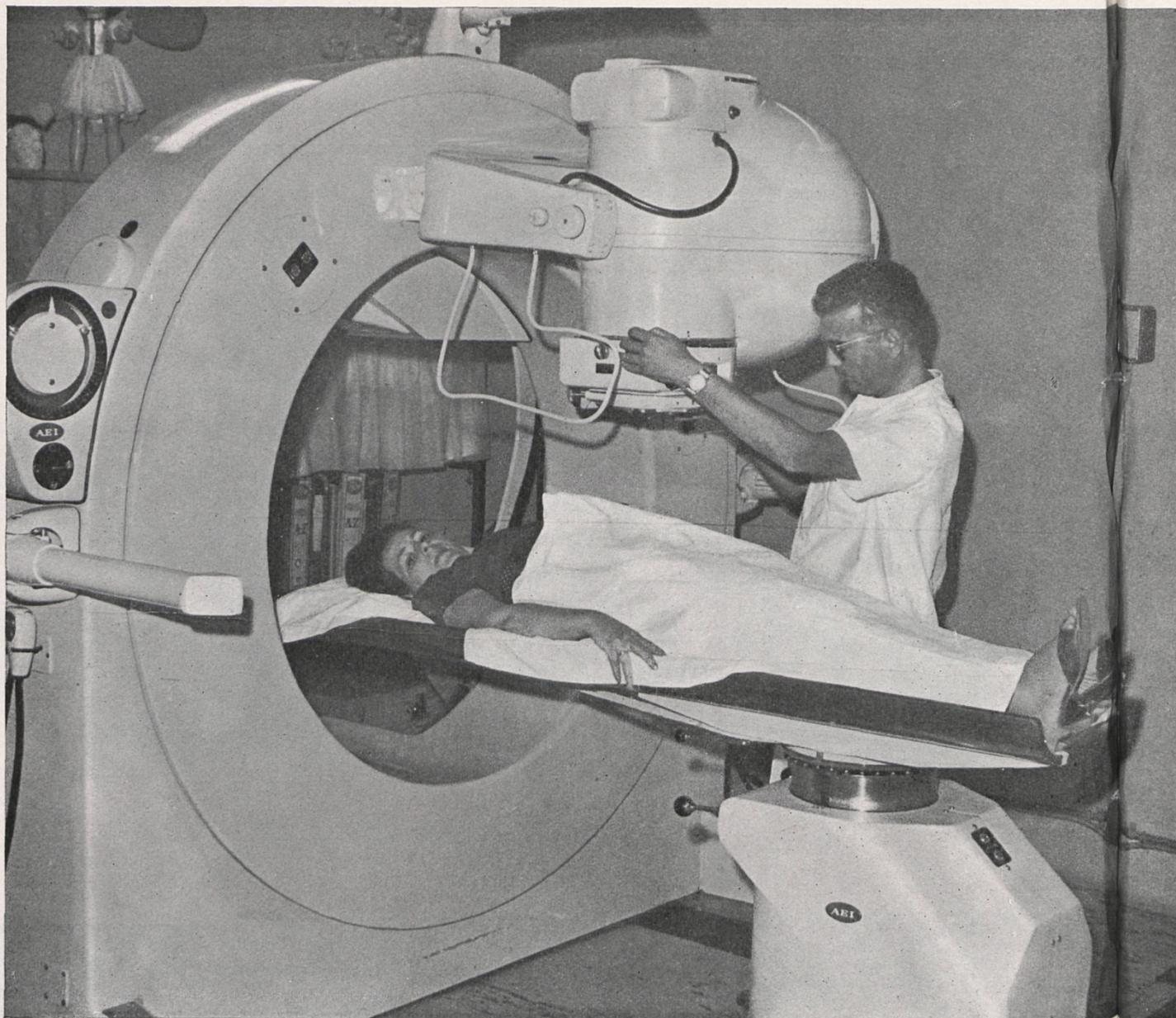


Con el Dr. López Ibor, el general Alonso Vega hace una detenida visita a una de las enfermas del nuevo pabellón.



El ministro de la Gobernación cambia impresiones con otra de las enfermas del pabellón de Oncología. El señor Alonso Vega se preocupó meticulosamente sobre la situación y el trato que reciben en estas modernas instalaciones. A la derecha, el señor ministro y la marquesa de Villaverde, acompañados de autoridades y jerarquías, una vez terminado el acto inaugural.





El pabellón de Oncología dispone de los medios más poderosos para su trascendental cometido. En la lucha contra el cáncer se cuenta, como puede apreciarse en esta foto, de modernos aparatos.



El presidente de la Diputación, Dr. González-Buono, sirve de guía a la marquesa de Villaverde en su detenida visita al Hospital de San Juan de Dios. A la izquierda y de espaldas a la fotografía, doña Pilar Velarde de González-Buono.

(Fotos LEAL.)

Diálogo interesante: D. Camilo Alonso Vega cambia sus impresiones con el Dr. González-Buono y el Dr. López Ibor.



de Oncología «Marquesa de Villaverde», dotado de los aparatos más modernos de la especialidad, que desde este momento inaugural tendrá acceso independiente por la calle del Doctor Castelo. A continuación se inauguró las obras de ampliación de la Escuela de Nuestra Señora de Belén, en la que reciben enseñanza los niños enfermos dermatológicos cuyo tratamiento exige una larga permanencia hospitalaria, e igualmente se inauguró el pabellón donde se ha instalado la nueva sala de observación para enfermas mentales, que sustituye a la que venía funcionando en el Hospital Provincial, insuficiente para las necesi-

dades actuales y que no reunía las condiciones que demanda la terapéutica moderna.

Finalmente, visitaron los terrenos en los que se tiene el propósito de edificar el futuro Hospital Provincial, obra a la que dedica especial atención el doctor González-Buono, y que en el plazo de tres años será una feliz realidad.

Al despedirse, tanto el ministro de la Gobernación como la marquesa de Villaverde, mostraron su complacencia por la visita efectuada al presidente de la Diputación, al diputado visitador del Establecimiento, doctor García Ortiz, y a todo el personal del mismo.

EL SUEÑO DE TIELMES

HACIA ya bastantes años que el nombre de Tielmes no sonaba en la nomenclatura habitual del pueblo de Madrid. Por fortuna. Decimos por fortuna, porque el nombre de ese pueblecito, como el de otras de la vega del Jarama y de otras vegas de los siete ríos que surcan tierras madrileñas, tuvo su momento, asociado a la penuria de alimentos que a la capital acarrió la guerra y la postguerra españolas. Se hablaba de la producción cerealista y leguminosa de esos pagos, se especulaba sobre la abundancia y precio de los artículos que en Madrid escaseaban en la postguerra y faltaban de manera absoluta en la guerra. Tiempos idos, por ventura. Excursiones a los pueblos, el trato con los campesinos, los talegos, los trenes y los coches, el comercio clandestino; todo ello evoca una etapa superada de nuestra economía. Muchos madrileños no sabían que existieran esos pueblecitos. La necesidad hizo aprenderlo.

La comarca de Valdilecha, Carabaña, Tielmes, Colmenar de Oreja y la parte de Guadalajara, en tiempos de nuestra guerra alejada relativamente de los frentes, era visitada, mimada, por así decirlo, por los habitantes de la capital que podían desplazarse a esas riberas que proporcionan alimentos de sus férciles tierras. La agraria planicie se suaviza y humaniza en el ondulado paso de las aguas, que van hacia el Tajo, y nacen viñedos, almendros, olivos, todo en proporciones modestas, con envidia de la tierras adonde llevan esa carretera levantina que bordea sus términos. Fueron tiempos de auge. Luego, el olvido. Lejos de rutas de turismo, a pesar de la joya histórica y arquitectónica que se afincan en Nuevo Baztán, el pueblo así bautizado como una añoranza del valle de Navarra, que se orna con construcciones churriguerescas y herrerianas; Tielmes, apartado de todo interés del viajero, ahora ha cobrado una actualidad prometedora. Ya no se ampara de la mayor entidad del pueblo cercano de Colmenar de Oreja, con su magnífica iglesia, su historia medieval, nimbada de la gesta de la reconquista, su plaza amplia y castellanísima. Ahora Tielmes tiene algo que envidian las ciudades del mundo entero; tiene una posibilidad de gran riqueza.

Agazapado entre esos declives y montecillos del Madrid sur-oriental, con una pequeña iglesia bajo la advocación de los santos niños Justo y Pastor, a 42 kilómetros de Madrid, Tielmes espera. Su nombre saltó a

los titulares de los periódicos, y ya se habla de esa comarca con frecuencia, con interés. A primeros de año fue señalada su demarcación como propicia a los yacimientos petrolíferos. Se auguraba producción. Tielmes, con sus serrerías, su fábrica de conservas y de aceite, su viejo palacio entraña una esperanza y supone ya el cambio de su fisonomía. La tranquilidad absoluta ha desaparecido, de momento.

Llegaron más de 60 obreros y técnicos especializados y comenzaron los trabajos. Las primeras perforaciones obtuvieron muestras del terreno que fueron guardadas en saquitos y clasiacadas para su análisis. Fue instalada una torre de 50 metros de alta, que horadaba el suelo a tal ritmo que a la semana ya había llegado a los 1.000 metros de profundidad. El pueblo se animó y comenzaron a surgir proyectos. El alcalde, don Jesús Castilla del Toro, proyectaba la construcción de 200 viviendas que albergaran a los muchos obreros y especialistas que esa clase de trabajo emplea, porque ya era incapaz de alojarles y tenían que repartirse por los pueblos cercanos de Carabaña, Arganda o Valdelaguna. En pleno invierno se acercaba la población a ver cómo esos hombres, ininterrumpidamente, con frío, nieve o lluvia seguían perforando el suelo. Allí se congregaban los hombres de Tielmes a hacer pronósticos sobre los resultados, a medir la duración del trabajo hasta conseguir el «eureka» de los finales positivos. La labranza, sí, no se abandonaba, seguían las labores; pero ya condicionando el porvenir del pueblo a esa máquina y esa torre cuyo ruido llenaba constantemente aquel aire antes apacible.

Se han olvidado los cultivos (queremos decir su existencia), el de los champiñones, instalado en el antiguo polvorín; los provechosos montes de la Dehesa, y la atención se canaliza hacia ese terreno acotado en que se afincan la torre. El paseo de antes se dirigía a la vieja estación, la que veía pasar ese ferrocarril provincial, semejante al otro que va a Villa del Prado, con un recorrido de las vegas madrileñas, que ya no funciona, y ahora, en domingo o en las tardes soleadas, va la población hacia el lugar donde trepida la maquinaria y se ha instalado un campamento de casetas, materiales, tubos y troqueles. Se sabe que, de cuajar esa ilusión de riqueza, nuevas comunicaciones abrirán el espacio de su demarcación. Quedará antañona, décimonónica, la

imagen del tren que «pitaba más que andaba», un tren campesino, acogedor de los productos alimenticios que se cosechan desde Arganda hasta Villarejo de Salvanes, cerca ya de Cuenca.

Los 500 vecinos de Tielmes tienen a 200 metros de sus casas una perspectiva que apunta no sólo al cambio del paisaje, sino al cambio de vida, de costumbres, de fisonomía de un pueblo. Dos fenómenos industriales suelen transformar radicalmente estos elementos de la personalidad de una población: la construcción de un embalse y los trabajos de extracción petrolífera. En ambas ocasiones experimentan los burgos una súbita mutación. Claro es que la que produce la construcción de un pantano es más bien en tanto duran las obras, y queda la marca semiplayera en su contorno. Si se halla petróleo en un lugar, bien cierto es que, al cabo del tiempo, éste será desconocido.

Eso han soñado los habitantes del pueblo madrileño: la transformación que les equipare a esas ciudades americanas, donde corre el oro, donde la vida se hace intensa, llena de interés y riqueza. Pero nunca falta quien llora por la aldea perdida, la paz, el silencio, la tranquilidad y las horas idénticas, eso que, con petróleo o sin él, está desapareciendo de la mayoría de los pueblos españoles y de fuera, porque las industrias, las nuevas formas de producción alteran ese vivir sosegado que hasta ahora podía disfrutarse en pueblos cercanos a nuestra capital, pero que cada vez será más difícil encontrarlos, a medida que se extiende el radio de su actividad industrial, por lo que una provincia eminentemente agrícola —de modesta agricultura, es cierto— está convirtiéndose en algo semejante a Barcelona o Bilbao. Cada vez hay que ir más lejos de la capital para encontrar tierras labrantías, cosa que antes se lograba tomando un tranvía desde Sol a la Red de San Luis.

Acaso, si el petróleo llega a ser fuente de riqueza en ese terreno, llegue a olvidarse la feracidad de las lindes del Tajuña, las conservas producidas en su fábrica, para solamente vincularse ese nombre al oro negro. Será el sueño logrado de un momento de inquietud que vino a sacudir la quietud de la vida en aquel lugar a la izquierda de la carretera valenciana. Cuando, acaso, sus agricultores sólo soñaban con competir con la huerta de esta región, en las proporciones modestas que le hacían apreciar la ventaja de los solos 40 kilómetros distantes de la capital de España.

José ALVAREZ ESTEBAN

AÑO SANTO COM- POSTE- LANO 1965

por
Joaquín
Aguado



E S Año Santo Compostelano siempre aquel en el cual el día 25 de julio, festividad de Santiago, cae en domingo. El último fué hace once años. Su Santidad Pío XII escribió estas palabras: “Después del Tabernáculo, donde vive realmente presente, aunque invisible, nuestro Señor Jesucristo; después de Palestina, que conserva, además del Santo Sepulcro, los vestigios de su paso por la tierra; después de Roma, que guarda las tumbas gloriosas de los apóstoles, no hay lugar al que haya acu-

dido, a través de los siglos, un número tan grande de peregrinos devotos como la capital histórica de Galicia, donde, según una antigua tradición, reposan las reliquias del Apóstol Santiago el Mayor”. Y Monseñor Guerra Campos, en el prólogo a la edición de la bula “Deus Omnipotens”, afirma conocer trescientas cuarenta bulas pontificias, pertenecientes a setenta Papas, referentes a Compostela, y asegura que todavía existen más documentos de esta índole. Los Sumos Pontífices fomentaron la peregrinación en todo momento. Y algunos de los Vicarios de Cristo, como Calixto II, en el siglo XII, y Juan XXIII en nuestros días, peregrinaron a Compostela antes de ser elevados al solio pontificio.

Su Santidad León XIII, hechas las oportunas investigaciones, en las que se procedió con la severidad y cautela propias de estos casos, publicó el día 1.º de noviembre de 1884 la Bula “Deus Omnipotens”, y dice, entre otras cosas: “Nos también, acabadas todas las dudas y controversias, por ciencia cierta y “motu proprio”, aprobamos y confirmamos con autoridad apostólica la sentencia de nuestro venerable hermano, el Cardenal Arzobispo de Com-

postela, sobre la identidad de los cuerpos sagrados y del Apóstol Santiago el Mayor y de sus santos discípulos Atanasio y Teodoro, y decretamos que tenga fuerza y valor perpetuamente”.

GRACIAS ESPIRITUALES. Las especialísimas gracias, que se lucran durante el Año Jubilar, concedidas por los Sumos Pontífices, desde Calixto II y su sucesor Alejandro III, son las mismas que se ganan en el jubileo de Roma: indulgencia plenaria, que puede aplicarse a los difuntos y que puede ganarse cada día del Año Santo; absolución de reservados, es decir, que cada uno de los católicos puede obtener una vez al año la absolución de todos los pecados reservados al ordinario o a la sede apostólica, excepto los reservados “especialísimo modo” al romano Pontífice; conmutación de votos, es decir, facultad para escoger un confesor de la diócesis de Compostela, que podrá conmutar, disponiendo toda clase de votos privados, con la única excepción de los reservados al Papa.

* * *

Después de la Ascensión del Señor, Santiago predicó el Evangelio en Judea y Samaria, convirtiendo muchos a la fe cristiana. Desde aquí se trasladó a España, propagando la religión de Cristo. Entre los muchos conversos eligió siete, que fueron consagrados obispos por el Apóstol San Pedro y enviados a nuestra Patria, donde sellaron con su sangre la misma religión y fe recibidas. De regreso a Jerusalén, convirtió al mago Hermógenes, que tenía embaucaadas aquellas gentes. Herodes Agripe, elevado al trono por el Emperador Claudio, llevó muy a mal la conversión del mago, y para granjearse la amistad de los judíos, condenó a muerte al Apóstol Santiago. El guardián, que le comunicó la sentencia, observó la fortaleza del santo y el deseo de martirio, y profesó la religión cristiana y fué condenado también a la última pena. El santo Apóstol besó al neófito y le dijo: “La paz sea contigo”. Poco antes de ser martirizados los dos, el Apóstol sanó a un parálítico en el camino del suplicio. El cuerpo del santo fué trasladado a Compostela, donde es objeto de veneración universal. Fué el primer Apóstol que derramó su sangre por

Cristo. Su protección hacia España marca una trayectoria ininterrumpida de favores extraordinarios, y la fe y la devoción de los españoles es la mejor prueba de religiosidad y el mejor testamento sellado con sangre de mártires, semilla de cristianos.

* * *

El 31 de diciembre de 1964 tuvo lugar la apertura del Año Santo.

Con motivo de la apertura del Año Santo Compostelano, Su Santidad Pablo VI ha dirigido una carta autógrafa al Cardenal Arzobispo de Santiago de Compostela. El texto es el siguiente:

“Al querido hijo en Cristo Cardenal Fernando Quiroga Palacios, Arzobispo de Santiago de Compostela. Nos es sumamente grato enviarte a ti, a tu archidiócesis y a todo el pueblo español un mensaje lleno de paterno afecto, expresando nuestros más fervientes votos de que el Año Santo Compostelano produzca frutos copiosos en todas las almas.

Muy de corazón pedimos que la devoción al Apóstol Santiago, que en tan gran parte impregna la Historia de España de un catolicismo abierto y vibrante, irradie también ahora, lo mismo que en el pasado, firmeza en la paz cristiana e impulso misionero; que el peregrino al Santuario de Compostela, faro de unidad, fomente en todos sentimientos de fraternidad en la concordia y en la paz de los hijos de Dios; que este año de 1965 sea para España y para el mundo fuente abundante de gracias espirituales.

Con estos deseos y en testimonio de benevolencia, te otorgamos a Ti, querido Hijo; a tu amada archidiócesis y a España una particular bendición apostólica. El Vaticano, 25 de diciembre de 1964. Paulus, P. P. VI.”

* * *

Dios escogió a este Apóstol de carácter ardiente, que cuadra perfectamente en nuestra idiosincrasia: el mismo Jesús le llamó Boanerges —hijo del trueno— porque de-



mostró la hoguera de su amante corazón cuando aquella ciudad ingrata cerró las puertas al Señor y no pudiendo sufrir semejante ultraje, le dice: “¿Quieres que descienda fuego del cielo y la consuma?”

Era hijo del Zebedeo y de María Salomé, y hermano de San Juan Bautista. Había nacido en Betsaida, ciudad de Galilea, una de las más frecuentadas por Jesucristo, y ejercía el humilde oficio de pescador, como su padre y hermano. Soñaba, como todos sus compatriotas, en un Mesías conquistador, que levantase las ruinas de Jerusalén y encadenase a su imperio todas las naciones. Los judíos imbuían estas ideas lisonjeras de una nación fastuosa, y los hechos demostraron su engaño, ya que Jesús vino a fundar el reino espiritual de las almas.

A pesar de estas ideas, llamar Jesús a Santiago y éste seguirle, rendir su entendimiento y entregarle su corazón, todo fué uno, y desde este momento le vemos inseparable acompañar a su Maestro en las ciudades y pueblos de Israel y Judea, en los mares de Galilea y en los campos de Samaria.

El Salvador le formula aquella pregunta: “¿Podrás beber el cáliz de amargura, de tormentos y de muerte que yo tengo de beber?” “Sí, Señor —responde—; bien puedo.”

Los pueblos de más dura cerviz y más terribles serán tu porción: el de Israel y España, tan adherida al culto de sus dioses. Se embarca, surca el Mediterráneo, llega a nuestra Patria, se interna en el reino, le recorre enteramente, predica, enseña, exhorta, evangeliza y siembra la palabra de Dios con tesón y firmeza contra todas las dificultades y peligros; triunfa y vence. Esta es la herencia que nos dejó y que debemos defender.

Joaquín AGUADO